desde nuestros primeros pasos en el estudio filosófico, una - valiosa enseñanza. Nos prohibe la adopción demasiado rápida - de una manera de ver. Excita nuestra facultad respetuosamente crítica. Nos invita a la elección de dejar por lo tanto de -- convencernos que dicha elección no puede ser la base de un -- proselitismo que implicaría una seguridad ingenua de la uni-- versalidad de nuestros descubrimientos personales.

Para encaminarnos hacia los problemas que consideraremos aquí no podemos evitar el tomar un cierto camino. Rehusar tomar partido es una posición artificial. Hay sin embargo que persuadirse que este camino no se impone más que otro. "Introducido" en el seno de los problemas filosóficos por una cierta vía, será bueno luego olvidar como se llegó allí y volver a plantarse, pero entonces personalmente, todos los problemas. El mejor uso que se puede hacer de una introducción semejante es, después de haberla recorrido, quemarla.

Puede ser también que en esta introducción se descubran algunas contradicciones. El autor, en efecto, está muy lejos de haber acabado la síntesis completa y armoniosa de los se-- res y de las ideas. No espera acabarla jamás. Tiene la tendencia por otra parte a preferir una evidente contradicción a -- una explicación formal más o menos gratuita. Guarda una predilección para las obras que terminan con puntos suspensivos y desconfía de las que se acaban en punto final demasiado triunfante.

La Filosofía se propone establecer la concordancia entre la razón y la Fe. Es quizá esta última actitud la que -- plantea el problema más delicado: el de las relaciones entre la Filosofía y la Teología. Es preciso desde un principio -- distinguir bien la demarcación entre la Teología y la Filosofía. Mientras que el filósofo afronta sus angustiantes pro-- blemas, abandonado a sus sólas luces naturales, las de su - razón y de su sensibilidad, el teólogo expone y coordina verdades reveladas a las que se adhiere por un acto muy particular que es el acto de fe.

La dificultad surge cuando uno se da cuenta de que el teólogo exponiendo un dogma en el cual cree y el filósofo -- buscando con ansiedad las estructuras del ser, responden a - las mismas preguntas: valor de nuestro conocimiento, existencia de Dios, relaciones entre la materia y el espíritu, destino humano, obligaciones y derechos de los seres en rela--- ción con su fe, etc.

He quí pues dos disciplinas del espíritu que se disputan el mismo terreno: la una queriendo llevar en ella las luces de que el hombre dispone, la otra alumbrando con una luz que pretende haber recibido de Dios directamente o por intermedio de una tradición eclesiástica.

La actitud más corriente del creyente es considerar la filosofía como "ancilla teologiae", sirviente de la teología. En efecto, el hecho de ser creyentes les acarrea una actitud especial frente a los problemas filosóficos, por el simple - hecho de que se consideran problemas cuya solución por otra parte ya se posee.

Esto trae una dificultad no tanto de disciplinas cuanto de posición humana. Desde el punto de vista de las disciplinas, Santo Tomás de Aquino demuestra muy bien que "Nada impide que los objetos mismos de los que tratan las ciencias filosóficas, según que caigan bajo la luz racional, pertenezcan además a - otra ciencia, la Teología, según que dependan de una revela--- ción". Y de hecho Santo Tomás construye a la luz de la razón - sóla, uno de los sistemas más coherentes que existen, mientras que, por otra parte, hace apoyado en la revelación, obra de Teología.

Pero es bueno distinguir la filosofía hecha, o dicho de otro modo, la obra escrita, y la filosofía que se hace, es decir, la persona misma del filósofo. Ahora bien, lo que caracteriza al hombre filosófico es la inquietud frente al ser y su - pensamiento, que le aparecen en una relación problemática. Nosotros no vemos realmente cómo esta inquietud frente a la problemática, puede compaginarse con la certidumbre de poseer ya la solución de los problemas.

La Filosofía toma entonces para el creyente un aspecto - muy particular: es la búsqueda de conciliar las luces de la fé con las de la razón estando bien entendido en primer lugar que no puede haber contradicción entre dos claridades venidas am-- bas de Dios y, en segundo que si no se puede realizar el acuerdo, se imputará la falta a la debilidad de la Razón. Esto es - simplemente la negación de la Filosofía.

No nos pronunciamos aquí sobre la legitimidad de esta ne-

gación. Se puede aún admitir que poseedor de una luz que estima mas cierta que ninguna otra, el creyente no tome sobre sí mismo el cuidado de encontrar soluciones que desde luego ya - posee. Y no puede menos que decir que tomando esta actitud, - el hombre se niega como problema y nulifica en si el filósofo, aún si por otra parte construye un sistema filosófico. Un investigador que sabe a dónde va, lo que encontrará, dónde lo - encontrará, cesa por ésto de ser un investigador. El creyente puede pretender además la felicidad que el que vaga a ciegas sólo en su noche y puede ser en efecto envidiable. El no podría en todo caso pretender ser auténticamente y plenamente - un filósofo.

Esto no quiere decir de ninguna manera que la Teología y la Filosofía no haya de tener puntos de contacto: 1o. La reflexión meramente filosófica encaminó muchos hombres hacia la la fé: Gabriel Marcel es nuestro ejemplo más cercano. 2o. La Filosofía puede proporcionar al Teólogo su medio de expresión; así vemos a Santo Tomás referirse constantemente en su obra - teológica a los conceptos de substancia, accidente, relación, cuyo valor estableció su reflexión filosófica. Precisamos sin embargo, que esto no significa que la Teología sea forzosamente dependiente de aquella forma de expresión. 3o. La fé, como hecho humano presenta al filósofo un tema de reflexión cuya - importancia la obra de Bergson y Gabriel Marcel han señalado. 4o. El creyente tiene la posibilidad de escoger entre varias opciones filosóficas, igualmente compatibles con su fé. Así -

vemos a católicos orientados hacia el tomismo, otros hacia la filosofía de Dun Scott. Más cerca de nosotros algunos comparten los puntos de vista existenciales de Gabriel Marcel. Sigue siendo cierto sin embargo, que la búsqueda tiene un carácter muy distinto para el creyente y el que se debate en su duda.

Pero, puede objetarse, nada impide al creyente someter los datos de su fé al examen crítico de su pensamiento. Entonces el creyente, más o menos artificialmente, suprime hipotéticamente su fé como certidumbre y deja como tal de ser creyente.

Pero puede, objetaría nuevamente, buscar en la Filosofía la armadura racional que le permitirá argumentar contra los adversarios de su fe. Pero eso es otra de apologeta no de filósofo.

Es preciso sin embargo dar a lo precedente una corrección de importancia: toda certidumbre, aun puramente humana, incluye un elemento más o menos decisivo de fe. Es una intuición a menudo vital, a-racional que orienta al hombre en su pensamiento, que lo coloca en un cierto centro a partir del cual luego, argumenta racionalmente. Es la razón precisamente por la cual jamás se refuta completamente un pensamiento. El hecho de no adoptarlo no nos permite sino afirmar que no tenemos la misma intuición de base, el mismo capirotazo inicial, en una palabra, la misma fe. Y contra esta fe no se puede argumentar por la única razón de que no podemos darnos cuenta exacta de lo que es sino compartiéndola.

Esta fé queda fuera de toda verificación posible por la razón de que no es el acto de la Razón Universal sino el de una persona. Dos novios tienen la certidumbre de su amor recíproco, nadie jamás podrá comprobar esta certidumbre. Así sucede con toda fe y con mayor razón con la Fe, que escapa totalmente a la crítica racionalista como lo expuso claramente Gabriel Marcel: "Supongamos, escribe él en su "Journal Metaphusique", que esté mirando con un amigo un paisaje, y que mi amigo me enseñe hacia el horizonte lo que él cree ser una montaña; puede ocurrir que, dotado de una vista mejor que la suya, o simplemente más enterado que él de la topografía de la región, le diga: "Tu montaña...es una nube",. He aqui, pienso la comparación típica que es inaplicable al dominio religioso: me parece que jamás podré sin cometer un paralogismo decir a un creyente: Tu Dios...es una nube. En el primer caso, en efecto, se trata de un mundo que nos es común a mi amigo y a mi; hablamos de la misma cosa y ocupamos en relación con esta cosa, posiciones rigurosamente comparables (que tienen por otra parte el carácter capital de ser intercambiables) y, de hecho, para juzgar correctamente, ocuparé el lugar de mi amigo, me pondré si es posible en las mismas condiciones ópticas que él (le pediré prestado su catalejo, etc.). En el orden religioso al contrario, este intercambio es, por definición, imposible: No me puedo colocar en el lugar de mi amigo y esto por varias razones de las cuales la más evidente es que él no es distinto de su lugar, que es su lugar mismo".

Estas últimas reflexiones, a la luz de Gabriel Marcel, - ¿Están en contradicción con lo que hemos enunciado precedentemente? Lo parece, puesto que por una parte hemos establecido - que toda certidumbre hacía sospechosa la marcha filosófica y - por otra parte, hemos sido la fe, en el sentido más amplio de la palabra, en el origen de toda afirmación.

Es que, según parece el camino seguido por el filósofo - se efectúa en dos tiempos esenciales: El primero consiste en afrontar una problemática pura, en una cierta suspensión de juicio, hasta la eclosión en nosotros de una certidumbre que, por su a-racionalidad más o menos relativa constituye una ruptura con las búsquedas anteriores. El segundo es utilizado para --- constituir en manera más o menos coherente, el Universo y si - mismo en derredor de aquella certidumbre, sin violentar las resistencias evidentes que encararemos en este universo y en nosotros mismos, tarea que evoca luchas, desánimos, nuevos intentos, examen de nuestra certidumbre inicial con una sinceridad a veces infinitamente dolorosa. Primero la búsqueda hasta la - certidumbre; luego la confrontación de todos los datos del conocimiento con aquella certidumbre.

De estos dos tiempos el creyente no conoce sino el segundo, el escéptico, sólo el primero. Pero estos dos caminos requieren una igual indiferencia para con nuestro confort intelectual. El temor de la inseguridad no puede ser, en ningún caso, la medida de nuestra certidumbre. Citamos a Jacques Riviére autor católico francés: "Hay que buscar a Dios, preguntándonos no cómo creer en él sino si existe. En fin de cuentas la Reli-

gión no es interesante sino es la Verdad. Si por casualidad sucediera no serlo, debemos confesar que nuestro primer deber sería deshacernos de ella. No porque nos habríamos de volver muy infelices, por lo que tendríamos el derecho de titubear un instante".

No se puede caracterizar mejor los dos tiempos de la búsqueda humana.

La fé introduce infaliblemente a otra noción que surge a partir del momento en que un hombre adhiere una idea o a un -- sistema de ideas, que estas ideas hayan sido obtenidas dialécticamente o que el hombre las haya recibido de una revelación. Esta noción es la de proselitismo. Hay siempre en el sólo hecho de construir una argumentación la implicación de una cierta defensa de una creencia o de una certidumbre. Parecemos defender nuestra convicción contra todos aquéllos que no la comparten y que consideramos así más o menos como enemigos, ¿qué ponen en peligro estos enemigos? ¿nuestro pensamiento? De ningún modo: nuestro error o nuestra mentira que consiste en considerar nuestra certidumbre personal como una evidencia universal. Ahora bien, esta evidencia es tan poco universal que debemos sostener una controversia sin fin para conservarle su valor de evidencia para nosotros mismos. Varios elementos psicológicos están implicados en ésto: temor de faltar de punto de apoyo confortable que constituye nuestra certidumbre; miedo de ser herido en nuestra vanidad para con los demás que nos considerarán débiles si abandonamos nuestra posición y tontos si -- nos aferramos a élla sin argumentos; en fin, sobre todo incons